

la Medicina y simultáneamente: 1) Que al paso que la tecnología terapéutica se desarrolla y cambia, ciertas tareas se rebajan y pasan del doctor a la enfermera, o de ésta a las sirvientas; 2) que las ocupaciones y los conectados con estas funciones institucionales están ganando en categoría, dentro de ciertos límites, y así, la enfermera sabe mucho más, está más próxima al médico que nunca y delega mucho de su trabajo anterior. Por supuesto, que todo ocurre de una manera informal y sin mucho de reconocimiento formal de la constitución actuante. Se siente claramente la necesidad de redefinir, por tales razones, muchos cometidos sociales.

Un último problema a tratar es el de la matriz social en que el trabajo ocurre o del sistema social del cual forma parte. Desde luego, el sistema incluye, en la mayoría de los casos, conexiones que van mucho más allá de los complejos institucionales conocidos y reconocidos. Y la matriz institucional en que las cosas se hacen por o para la gente se complican de día en día; existen más y más tipos de trabajadores en una cambiante división del trabajo, y los límites están peor definidos. Un estudio, que pretenda ser adecuado, de la división del trabajo debe incluir referencia al sistema de trabajo desde los puntos de vista de todas las clases de gente implicadas, sea su posición alta o baja, sean o no centrales al sistema.—S. C.

HUNT (Chester L.): *Religion in Sociology Texts*, en «The Midwest Sociologist», Blair, Nebraska, vol XVII, primavera, 1956, núm. 2, págs. 26-29.

Durante muchos años, los sociólogos han solido aplicar sus propias ideas al estudio de la Religión, ya que las instituciones religiosas indudablemente influyen la vida social y son influídas por ella. Este procedimiento, empero, no ha sido bien mirado por especialistas de otras disciplinas, y algunos hasta creen que los sociólogos son constitucionalmente incapaces de comprender los factores básicos de la vida religiosa.

Como quiera que los Cursos introductorios son los que proporcionan una mayor audiencia a los sociólogos, el autor de este trabajo se preocupa de analizar el tipo de tratamiento, las omisio-

nes, etc., de ocho textos aparecidos después de 1950.

Por lo común, la mayoría de los escritores presta mucha más atención a la religión en las sociedades primitivas que en la contemporánea, y, asimismo, el espacio que se concede a estadísticas sobre participación, sobre las dimensiones de las diferentes religiones y sobre los intereses de cada clase social, además de comentarios sobre las diferencias entre sociedades sacras y seculares y la influencia conservativa de la religión, no hacen olvidar las omisiones de falta de atención a tensiones entre grupos religiosos, a las relaciones de las instituciones religiosas con los movimientos sociales, políticos o económicos, y al hecho de que los grupos religiosos todavía poseen una gran influencia no sólo en la educación, sino también en el mantenimiento de la Beneficencia.

Varias cosas más pueden apuntarse. Que si las instituciones religiosas son instituciones sociales, no existen en el vacío, y, por tanto, la participación religiosa ha de compararse con el fenómeno general de la participación voluntaria en los grupos sociales. Que casi siempre se da la impresión de que el «evangelio social» es un caso novísimo, siendo así que es sólo variación de un viejo tema. Que están de sobra una cuestión como la de la base no-racional de las creencias religiosas y los comentarios sobre las tensiones entre ciencia y religión. Que no se trata el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Que los sociólogos manifiestan, al presente, gran interés por los datos estadísticos y muy poco por su interpretación en términos de teoría sociológica. Finalmente, que parece que ahora estamos asistiendo a un revivir religioso más relacionado posiblemente con las necesidades sociales que con las creencias dogmáticas.—S. del C.

ROSHWALD (M.): *Value-Judgments in the Social Sciences*, en «The British Journal for the Philosophy of Science», vol. VI, núm. 23, noviembre 1955; páginas. 186-205.

Modernamente los fenómenos sociales, en todas sus diferentes ramas, se conocen bajo el nombre de «Ciencias Sociales». Ello se explica por el au-

mento de materias que van a parar a un mismo norte.

Al hombre antiguo, reconocido como *zoon politicon*, hoy se le reconocen «cualidades sociales». De ahí que el término Filosofía Política se haya quedado insuficiente. Ya esto se empezó a vislumbrar en la Edad Media. El fenómeno homogéneo griego quedaba atrás. Sin embargo, se quería lograr el «buen estado». Perfección del individuo con él. Pero más adelante Rousseau se planteaba el problema base del cambio: «El hombre nace libre». Otros le habían preparado el terreno: Aristóteles, Maquiavelo... Lo social y lo político se distinguen definitivamente, aunque trate de explicarse el hecho hablando de progreso y evolución.

La polémica sobre los juicios de valor en las ciencias sociales es fuerte. No está determinada, ni mucho menos aclarada, en sus principios. Los moderados hablan de ello como de algo transitorio, pese al rigor científico que dan a sus postulados. Hay definiciones de los mismos para todos los gustos. Los que quieren darles una definición última no son tenidos en cuenta. Los hay también partidarios de la división dentro de las mismas «Ciencias sociales». La más popular es la de la aceptación de la cualitativa diferencia entre medios y fines. Seguramente el historicismo es el que ha de llevar la voz cantante.

También existen los que sólo pronostican. Y en este caso el punto de referencia es Marx. Y no porque lo que él pronosticara debe de ser tenido como valor, sino porque ello es un descubrimiento tan científico como el de Newton. Sin embargo, cabe dudar de que el determinismo del primero pueda conducir a una manifestación típicamente valorativa.

Mucho tiene que hacer nuestro objeto con las experiencias de las reglas de conducta. A lo cual se le ha de sumar: la teoría del psico-análisis y la más modernas investigaciones antropológicas.

Pero también hay que estudiar las novedades éticas de los sistemas. Y, desde luego, sólo podrán adquirir valor universal los valores sociales dentro de un procedimiento democrático. Ello tras de haber delimitado la división de las ciencias sociales y sus relaciones con los juicios de valor. A los que, por otro lado, hay que pasarles una nueva revista.—B. DE TORMOYE.

SCHATZMAN (L.), and STRAUSS (A.): *Social Class and Modes of Communication*, en «The American Journal of Sociology», enero 1955, vol. LX, núm. 4, págs. 329-338.

Este artículo encabeza seis que se ocupan de los problemas que plantea la investigación de campo. En él, su autor destaca las diferencias en los modos de comunicación, patentes en entrevistas con representantes de distintas clases. El sentido común ya sugiere su existencia. El hombre vive en un entorno, con el que tiene relación mediante símbolos. El entorno y los símbolos subsiguientes adquieren orden mediante una organización conceptual. La comunicación entre representantes de distintos grupos puede ser dificultada por los distintos modos, peculiares al grupo, de ordenar pensamiento y discurso. Los modos de pensar se manifiestan en los modos de hablar. Lo anterior ha sido confirmado, e incluso ampliado, en una investigación en que han tenido lugar 340 entrevistas con individuos de una localidad que sufrió un tornado. La selección se hizo con arreglo al método del «random sampling» o muestra al azar. Los entrevistados se pueden ordenar en una línea continua según su nivel de educación y de ingresos. El punto ínfimo de esta línea está constituido por personas cuya educación se limita a la escuela elemental y cuyos ingresos anuales por familia son inferiores a dos mil dólares. El punto superior, personas con uno o más años de educación en un colegio superior y con ingresos anuales que exceden de cuatro mil dólares. Las diferencias entre ellos fueron notables. Consistieron no sólo en diferencias de expresión, de corrección gramatical o precisión de lenguaje. Las diferencias fundamentales son: a) el número y peculiaridad de las perspectivas utilizadas en la comunicación; b) la habilidad en adoptar el papel del oyente; c) la peculiaridad de las clasificaciones empleadas para ordenar los sucesos, y d) los esquemas e instrumentos estilísticos para favorecer la comunicación. Respecto a lo primero: en la clase inferior la perspectiva con que se ofrece lo que se narra es la perspectiva personal, las propias percepciones e imágenes. Lo que se consigue es, en el mejor de los casos, una narración directa de los acontecimientos que el testigo vió y experimentó; el enlace entre